

5ª SESION EXTRAORDINARIA DEL 3 DE ENERO DE 1891

PRESIDENCIA DEL DOCTOR BENJAMÍN ZORRILLA

UMARIO—Orden del día—Continúa la consideración, en general, del despacho de las comisiones de presupuesto y de hacienda en los proyectos de impuestos remitidos por el poder ejecutivo.

PRESENTES

—

Alvarez Prado
Alba Carreras
Arias (J. I.)
Aguirre Silva
Balestra
Barrasa
Beracochea
Bruchmann
Campillo
Castaño
Cáceres (A.)
Cantón
Castro
Castillo
Ceballos
Centeno
Crespo
Dominguez (C.)
Gallo
García
Gilbert
Gonnet (M. B)
Gonnet (L. M.)
González
Herrera
Lagos (O.)
Lalanne
Lársen del Castaño
Leiva
López
Magnasco
Malbrán
Mallea
Mansilla
Mendoza

En Buenos Aires, a 3 de enero de 1891, reunidos en su sala de sesiones los señores diputados anotados al margen, hallándose presente el señor ministro de hacienda, doctor don Vicente Fidel López, el señor presidente declara abierta la sesión, siendo las 4 p.m.

ACTA

—Se lee y aprueba, sin observación, la de la sesión anterior.

ORDEN DEL DÍA

IMPUESTOS

(*Proyectos de ley del poder ejecutivo*)

Sr. Presidente—

Continúa la discusión pendiente.

Sr. Beracochea—Pido la palabra.

En la sesión anterior, por un al referirme á una publicación que he leído en la prensa, atribuí otro nombre al gerente del Banco de Londres y Río de la Plata. Contribuyó á este error la circunstancia de que se ha cambiado hace poco tiempo el gerente de ese establecimiento.

Molina
Novaro
Olmedo
Olmos
Padilla (M.)
Padilla (V.)
Parera
Pellegrini
Rodríguez
Robert
Rueda
Torres (Gmo.)
Varela Ortiz
Victorica
Villanueva
Zorrilla

AUSENTES

Con licencia

Espinosa
Vázquez

Con aviso

Dantas
Giménez
Lagos (H.)
Maciá
Posse
Quesada
Tapia
Iriondo

Sin aviso

Albarracín
Arias (F.)
Basualdo

Investigando el origen de esa publicación, se me dijo que era del gerente.

Tengo motivos para creer que los datos que contiene esa publicación han sido tomados de los libros del banco. Además, no ha sido desmentida, y está corroborada por los datos de la memoria central que se ha publicado en Londres, y que se ha consignado en *La Nación* del 27 de diciembre, que son exactamente iguales á los de esa publicación.

Quería hacer esta salvedad, señor presidente.

Sr. Presidente—Tiene la palabra el señor diputado Magnasco.

Sr. Magnasco—Ayer pedí la palabra, señor presidente, porque comprendo que hay algunos miembros de esta cámara que no pueden eximirse de fundar siquiera su voto en esta cuestión; en esta cuestión, señor, sea dicho de paso, que no está muy lejos de alcanzar, por su reconocida trascendencia, la magna importancia de aquellas otras, ya lejanas, en que estaban de por medio

Bosch
 Domínguez (J. A.)
 Echenique
 Giménez Beltrán
 Godoy
 Meyer
 Obejero
 Obligado
 Panelo
 Paz
 Ramos Mejía
 Ruiz
 Sarmiento
 Tejerina
 Torres (Gregorio)
 Videla
 Zapata

los más altos intereses políticos del país, desde que de su solución dependía la vida misma de nuestra nacionalidad, la vida misma de nuestra patria.

En este caso, señor presidente, creo que todos convendrán conmigo en que se halla, sin duda alguna, comprometida la vida moral de la nación.

Mi situación personal es un poco difícil, hasta cierto punto enojosa. Es una molestia para mí tener que molestar á la cámara.

Tengo que hacer á un lado, debo confesarlo, y me ha de excusar la honorable cámara, sentimientos singulares, algunos de los cuales radican en lo más hondo del corazón.

Me hallo, pues, en este caso forzoso: es menester que funde mi voto porque comprendo que los que hemos venido tomando hasta hoy una participación activa en todos los debates de esta índole, sienten la necesidad de dar cumplimiento al deber imperioso de hacer uso de la palabra para concurrir en cualquier grado á levantar á la nación del estado afligente en que se halla desde hace ya algún tiempo.

Apenas voy á ocupar la atención de la cámara con breves palabras.

El poder ejecutivo nos ha enviado, señor presidente, algunos proyectos que son, hasta cierto punto, el principio de un plan financiero, porque, á mi juicio, ellos no constituyen así un plan completo.

Voy á ocuparme nada más que de la cuestión general, no de los diversos puntos que ha tocado en su extenso cuanto brillante informe el señor diputado Beracochea, porque, á mi juicio, hay tres divisiones necesarias en esta cuestión.

La primera, la consideración del pensamiento general que envuelve todos los proyectos presentados por el poder ejecutivo; la segunda, la consideración en general de cada uno de los proyectos, y, por fin, lo que es conocido de todos, su consideración en particular.

Voy á hacer uso de las mismas armas usadas por el poder ejecutivo en su mensaje, y al propio tiempo de todo el vasto arsenal desplegado por el señor miembro informante en su exposición.

Pero, antes de principiar, es menester manifestar que esta es la quinta ó la sexta tentativa que hace el poder ejecutivo, ó el gobierno general, para conjurar el fenómeno

de la crisis, de ese abrumador fenómeno que ha agitado el espíritu y la opinión de todos los pueblos y de todos los gobiernos, en Europa y en América. Y si digo la quinta ó sexta tentativa, es para recordar á la honorable cámara que ello quiere decir evidentemente, ó que estamos en la misma situación angustiosa de otros tiempos, ó que estamos en situación peor, como yo lo creo.

La cámara me excusará si hago uso de una franqueza amplia al trazar los lineamientos generales que, á mi juicio, encuadran la situación del país, porque creo que conviene á la dilucidación de estos asuntos la más sincera amplitud de palabra.

Asperezas, defectos, y... ¿por qué no decirlo? tal vez sea su propio nombre..... perversiones sociales, debidas quién sabe á cuantas causas! pero principalmente á estas tres, á la insuficiencia de la educación moral, en la mayoría, de la educación en el hogar; á la falta ingénita, tradicional, constitucional, étnica, mejor dicho, porque es de raza, de hábitos para el trabajo productivo; y.... ¿por qué no decirlo también, si es una verdad?... al menos, yo lo creo así.... á la carencia absoluta de esas nociones elementales de religión que se observan hasta en los pueblos salvajes, y que en los estados cultos de la vieja Europa y de América, como la Gran Bretaña y la República del Norte, son un timbre de gloria para cada hogar, y un timbre de gloria para la nación misma.... Pero, dejemos las causas y que conste el hecho, reconocido por todos: degradaciones sociales que engendran escándalos políticos, dificultades económicas que trazan todo un cuadro sombrío de penurias sociales, en las que el lote del pobre, del desheredado es como siempre el más oneroso. Escándalos políticos que provocan conflictos y complicaciones financieras; ambiciones exageradas que han nacido en tiempos de sombras, de humedades políticas, como los hongos á media noche, primando sobre las ambiciones legítimas con las cuales se busca, con las cuales se encuentra el bienestar colectivo; ambiciones inmoderadas, señor, que son el fruto, ó de nuestra insuficiente educación democrática, en favor de la cual nada han hecho hasta ahora los gobiernos constitucionales de la República, ó que responden á un debilitamiento del principio de autoridad: una parte del pueblo, víctima inconsiderante, víctima inocente de una demagogia altanera, ensoberbecida yo no sé por qué, turbulenta y desordenada; otra parte del pueblo—y es la mayoría—que ha venido siendo y es todavía víctima también, señor, del interés personal.... no, de la avidez cartaginesa—todos

recordamos en este punto la exposición elocuente del señor miembro informante—de la avidez cartaginesa de agrupaciones de traficantes extranjeros ó argentinos, que son como si fuesen malos extranjeros, que han estado pujando y pujando todavía con el hambre, con la miseria, con la ruina de la fortuna particular y pública! (*Muy bien!*)

Todo esto haría, ya lo creo! desesperar hasta de nuestros mismos destinos, si no supiésemos que el progreso argentino es una cosa que tiene que venir, es algo fatal como todo fenómeno de esta naturaleza, como todo progreso público, y si no supiésemos también que debe haber una Providencia que vela muy cuidadosamente desde los albores de nuestra nacionalidad por la suerte de nuestro pueblo, tan favorecido, á pesar de todo, en la paz, en la guerra, en las revoluciones y en medio de todas sus grandes angustias!...

Y aquí vienen, señor presidente, nuevos expedientes financieros con los cuales se pretende voltear al fin la esfinge de la crisis. Medidas financieras que, es menester confesarlo, tienen esta vez una ventaja: la ventaja de constituir el principio de un plan casi completo, como decía anteriormente, bien elaborado, digno de la vieja competencia del señor ministro de hacienda; aunque él mismo convendrá en que no es más que un plan de circunstancias, un plan dilatorio nacido de acontecimientos y de complicaciones extraordinarias, detestable si se le lanzara en épocas normales, porque no es un plan económico, ni político, ni financiero, sino un plan de exacciones, de expoliaciones conceptuadas necesarias, un plan de sacrificios generales, como el mismo poder ejecutivo lo califica con honrosa franqueza.

No quiero apartarme un ápice de la verdad. Aquí están las palabras del mensaje: «Por las siguientes demostraciones, va vuestra honorabilidad á comprender muy pronto la necesidad de imponer al país *sacrificios*». Ahí está la palabra.

Pero ¿es cierto, señor, que nos hallamos en el duro trance de tener que votar nuevas contribuciones? ¿No son suficientes las que se hallan establecidas en la actualidad, y que pesan tan onerosamente sobre la fortuna privada?

¿Es cierto, señor, que nos hallamos en la imprescindible necesidad de tener que afrontar las dificultades de esta situación eligiendo y aplicando medidas tan serias como las que propone el ejecutivo?

En una palabra, ¿es verdad que tenemos que echar mano de medidas tan onerosas como estas, que importan, en definitiva, mermar la fortuna particular, estrechar la

vida, restringir los límites de la actividad particular y social en sus formas más generales, económica, ó productiva, comercial, industrial, etc.; estrechar la vida, decia, circunscribiéndola á límites que para la mayoría podrían, sin exageración, ser considerados precarios?

Por otra parte, esta situación ¿cederá ante los paliativos del poder ejecutivo, ó, cumpliéndose lisa y fatalmente la ley sociológica que la rige, se agravará más aún y completará su evolución buscando dentro de sus propios elementos la solución definitiva?

En este último doloroso caso, ¿no convendría más, no sería preferible, señor, desde ya afrontar con virilidad todas las graves consecuencias derivadas de una inmediata suspensión de pagos?

Para el que haya estudiado esta cuestión... y son todos, señor, todos la conocen, porque todos han debido preocuparse de lo que afecta tan grave, tan directamente sus intereses particulares... y debo advertir que en esta cuestión no solamente está comprometido el interés material, la fortuna, sino algo que es mucho más precioso, algo de orden moral, las libertades públicas y las libertades privadas; para el que haya estudiado esta cuestión, decia, no serán de extrañar las palabras del mensaje, en donde se dibuja con sus verdaderos tintes el cuadro de nuestra penosa actualidad, ni el pensamiento general propuesto por el ejecutivo y ampliamente desarrollado por el miembro informante de la comisión.

Efectivamente, no nos queda, por desgracia, más recurso que el de echar mano de estos medios extremos; no nos queda más recurso que el sugerido por la misma gravedad de la situación: es de todo punto necesario aumentar los impuestos, es de todo punto indispensable restringir los límites de la actividad particular aumentando las cargas públicas en la proporción que lo exigen los compromisos ineludibles de la República y el patriotismo de todos.

A pesar de las diversas formas con que el poder ejecutivo nos ha presentado estos proyectos, uno solo es, á mi juicio, el pensamiento general que los informa; mejor dicho, uno solo es el proyecto. La causa: la necesidad de aumentar nuestros recursos; y el proyecto único: levantar nuevas contribuciones. Y digo *nuevas* porque las que no lo son, las adicionales, son como si lo fueran.

Esta condensación de las ideas del ejecutivo, la deduzco de la consideración particular de cada uno de los proyectos como asimismo de las ideas y de las palabras del mismo mensaje.

No quiero apartarme, repito, un ápice de

la verdad, porque esta es la que me va á servir ulteriormente de base para mis opiniones. Voy á leer un párrafo del mensaje del poder ejecutivo:—Como los graves accidentes (arreglo, sin alterar el sentido) porque el país ha atravesado son ya de completa notoriedad, bastará que vuestra honorabilidad los avalore, considerando la necesidad de examinar si los recursos con que contábamos eran suficientes para salvar y consolidar nuestro crédito en Londres y en el continente, bastándonos también para hacer debidamente nuestros gastos ordinarios y atender otros desembolsos de urgente necesidad, impuestos por leyes que estaban ya en actual cumplimiento.

Y más abajo agrega: «Para conseguirlo es indispensable aumentar nuestras rentas, creando nuevos impuestos.»

Muy bien. Aceptado que es indispensable, que es forzosa la creación ó el establecimiento de nuevos impuestos, es menester averiguar si, con arreglo á un criterio práctico, ellos satisfacen las necesidades supremas de estos momentos que se están convirtiendo en años, y encarrilan de una vez al país, salvando al fin á la nación.

Vamos á verlo.

Es claro que no me refiero á la concepción general del plan, ni tampoco á su estructura, sino á la potencialidad, diré así, á la virtualidad práctica de los medios que van á ser puestos en juego para conjurar la crisis.

Necesito para ello hacer una pregunta al señor miembro informante de la comisión.

¿A cuanto cree el señor miembro informante que ascenderá el producto de los nuevos impuestos?

Sr. Beracochea—Si me permite el señor presidente, contestaré.

Los nuevos impuestos van á producir 3.000.000 de pesos oro, y 9.800.000 pesos curso legal.

Sr. Magnasco—Siento que el señor ministro no se encuentre presente en este momento, para pedirle que ratifique los datos del señor miembro informante.

Sr. Beracochea—Puede darlos por ratificados, porque han sido tomados de la contaduría nacional, por orden del señor ministro.

Sr. Magnasco—Me alegro! Tres millones oro, y 9.800.000 pesos curso legal, son 18.000.000 de pesos.

Sr. Beracochea—Computando el oro á 300.

Sr. Magnasco—Error completo, señor diputado!

Puede ser completamente exacta la cifra que ha obtenido el señor diputado de la

contaduría, pero ese es cálculo teórico, ese es cálculo en el papel.

Sr. Beracochea—¿Y, en la práctica, cómo podemos saberlo, si es para el año que viene?

Sr. Magnasco—Voy á contestar directamente á esta pregunta: voy á hacer el cálculo tan positivo como es posible hacerlo.

De esa partida de 18.000.000—y libro al criterio de la cámara el juicio de estas sustracciones lógicas, apoyadas en la ciencia, que voy á hacer,—de esa partida general de 18.000.000, decía, deben ser descontadas estas otras cuatro partidas capitales, que van á reducir en más de un 50 por ciento los 18.000.000 de pesos, dándonos como resultado definitivo un déficit un poco menor del que tenemos en la actualidad.

Con el establecimiento de nuevos impuestos se operará, es claro, el fenómeno que hemos observado en otras ocasiones, producto de esta misma causa; en apoyo de lo cual tenemos no solamente las reflexiones generales de orden abstracto, sino también una experiencia que arrastra á conclusiones concordantes; se operará inmediatamente, digo, la reducción de la importación, primero, por ese solo hecho general, y, después, naturalmente por el cobro de la totalidad de los derechos de aduana á oro.

Me bastaría simplemente esto para demostrarlo: voy á recordar á la cámara que en el mes de julio del año pasado, cuando se estableció el cobro de la mitad de los derechos de aduana á oro, se produjo el fenómeno del descenso inmediato y considerable en la introducción de artículos del exterior.

Pero la reducción de la importación equivale á una reducción en la materia imponible, y la reducción de la materia imponible equivale á una reducción en los impuestos.

Puede el señor diputado empezar á sustraer de los 18.000.000 por lo menos un 25 por ciento.

La importación no es un fenómeno aislado, sin vinculaciones con la producción propia en cuanto es destinada á salir de nuestras fronteras; marcha paralelamente con otro de la misma índole y con el cual es anexo: la exportación.

Es imposible afectar lo primero sin afectar lo otro; es imposible perjudicar la importación sin perjudicar también la exportación. Y como con la reducción de la importación ha de operarse también—es verdad que mínima—pero ha de operarse una reducción necesaria en la exportación, principalmente por la desviación ó distracción del capital en impuestos, es claro que el fisco percibirá menos y los producidos que espe-

Enero 3 de 1891.

CÁMARA DE DIPUTADOS.

5ª Sesión extraordinaria

ra el señor miembro informante han de reducirse más.

Esta es, pues, la segunda partida que conviene lógicamente sustraer.

Puede entonces continuar sustrayendo el señor miembro informante.

Pero con el aumento de las contribuciones se operará este otro fenómeno conocido: la restricción de nuestra actividad industrial, y, por consiguiente, la reducción en la producción de artículos de fabricación nacional para el consumo; lo que quiere decir: reducción de materia imponible, reducción de impuestos.

Hay que rebajar, pues, esto otro también.

Tal es la tercera partida y... puede continuar sustrayendo el señor miembro informante.

Pero hay otra manifestación de la cual he oído hablar el señor miembro informante mismo, extraoficialmente, manifestación que, según él, nos defrauda un 25 por ciento de nuestra renta de aduana; una manifestación universal, cuya extirpación absoluta es imposible, como lo ha de creer el mismo señor miembro informante: me refiero al contrabando.

El contrabando es un mal social; es de todos los tiempos y de todos los países. Es inherente al espíritu humano, al espíritu de comercio, porque es sentimiento natural, por más que sea prohibido y reprimido, que el comercio tienda á librarse de estos gravámenes, sobre todo cuando son muy onerosos.

Por más medidas administrativas que se adopten, legislativas, gubernativas en general, ni con el proyecto del señor ministro creando nuevos tribunales para entender en los asuntos de esta naturaleza, podrá suprimirse en absoluto esta defraudación.

El contrabando subsistirá siempre, y hemos de tener reducido, por consiguiente, el monto total de los 18 millones en esta otra partida.

Y puede continuar sustrayendo el señor miembro informante!

Sr. Beracochea—Favorece mi tesis!

Sr. Magnasco—¿El contrabando?

Sr. Beracochea—Lo que tiene que probar es que hoy....

Sr. Magnasco—Lo que tiene que probar es que no va á haber contrabando siempre.

El contrabando es como un cáncer. El señor diputado lo podrá extirpar en un punto cualquiera del organismo; pero como todo el cuerpo está infeccionado por el germen, que es general, es muy claro que reaparecerán en otra parte sus manifestaciones.

El señor diputado podrá suprimir el con-

trabando en la aduana de Buenos Airss, en la aduana de La Plata ó de Concordia; pero no en las aduanas de toda la República.

Por consiguiente, señor: habrá menos materia imponible y, en definitiva, menos renta en estos diez y ocho millones de nuevos impuestos.

Hago abstracción completamente de la falsificación, que equiparo al contrabando, (no quiero molestar á la cámara), aunque ella ha de sobrevenir y ha de reducir por tanto en algo el monto de los nuevos recursos.

Bien. Si el señor miembro informante ó la honorable Cámara se toman la breve molestia de hacer un cálculo sencillo, verán que los 18 millones quedan práctica é incontrastablemente reducidos á menos de 10 millones.

El tiempo lo dirá! Yo emplazo al señor ministro á que, dentro de seis meses, cuando tengamos una base exacta para poder saber en cuánto se han reducido la importación y en cuanto se han reducido estos 18 millones que pensaba obtener, comparemos con el producido del año anterior el de este; y estoy seguro de que no alcanzará absolutamente á 10 millones.

Pero voy á ser más generoso aún, y voy á conceder que alcance á 14 millones!

Veamos primero las cifras del mismo señor ministro, para después tomar en consideración las del señor diputado por la capital.

Dice el mensaje:

«Hemos comprobado, entonces, que nuestros recursos positivos alcanzaban solo á 56.128.000 pesos». Pero tenemos un pasivo (advierto que no tomo las cifras generales de un año, porque he dicho que me voy á valer de los mismos números del señor ministro) de: Deuda pública servida á oro, 10.656.000. Garantías de ferro-carriles (y no están todas) servidas á oro, 3.493.510. Suma total á oro: 14.148.510;—la que á un cambio prudencial (el oro está á 320, á 330 por ciento) de 280 por ciento nos da 39.615.328. Aumentando 37.853.277 pesos á papel por gastos del presupuesto, más por leyes especiales hasta el 30 de noviembre, 19.261.180 pesos de curso legal, tenemos en definitiva 90.730.296 pesos.

Saldo en contra, 40.609.000 pesos.

Hago abstracción completamente de la reducción de los derechos de aduana por causa de la menor importación y por causa de contrabando; hago abstracción también de nuestra deuda externa por el empréstito de 10 millones de libras, con más los 6.000.000 indemnizados á los sub-concesionarios de las obras de salubridad, con más la operación con el señor Lucas Gonzáles; hago abs-

tracción completamente de lo que es inevitable en nuestros presupuestos, en nuestro orden administrativo: de las leyes especiales y créditos extraordinarios, que han sido la carcoma de nuestros presupuestos; sin tener en cuenta tampoco la constante depreciación de nuestra moneda fiduciaria, y pregunto: ¿para qué sirven los 14 millones de pesos moneda de curso legal, que van á ser, según el señor miembro informante, el producido de los nuevos impuestos?

Por eso decía que estábamos en el principio de un plan: que era indispensable tener mano firme, y que, ya que se entra en una época de sacrificios, es preciso, es patriótico hacerlos completos. Y en la consideración en particular de alguno de los proyectos yo he de proponer oportunamente algunas medidas concurrentes á ese objeto.

Pero dejo ahora de ocuparme de los cálculos del poder ejecutivo: quiero tomarlos mucho más completos del diputado Beracocha. Alcanzan á un año entero.

El señor diputado ha hecho con verdadera brillantez el estudio de nuestra situación, sobre todo á la luz de una estadística perfectamente exacta.

El señor miembro informante decía—(ruego á la cámara no se moleste, son tan áridas, tan poco interesantes, pero tan útiles y necesarias estas cifras...) «La deuda externa nacional es de 150 millones 225,108 pesos oro, con un servicio anual de 10.650,000 pesos, que, al agio medio, importan 32 millones de pesos de nuestra moneda. Agréguese á esto las deudas de las provincias, que importan 76.405,416 pesos oro, con un servicio anual de 5.289,600 pesos, que, al agio medio, son 15.858,800 pesos de nuestra moneda.»

El señor miembro informante hizo abstracción completa de las deudas de las provincias.

Debo recordar que el servicio nacional de las mismas está autorizado por una ley y creo que el mismo señor diputado lo dijo.

Sr. Beracocha—Sí, señor, y dí también la razón por qué no lo hice: porque es inconstitucional.

Sr. Magnasco—Sí, pero como es indispensable que estas leyes se cumplan, mientras no las derogemos, tenemos que tomar en cuenta esta partida, desgraciadamente.

Continuaba el señor miembro informante:

«Pero no paran aquí nuestras obligaciones á oro: tenemos que agregar á esta suma 3.492,510 pesos oro de garantía de ferro-carriles; 56,000 de garantía de la refinería de azúcar en el Rosario; 1.200,000 que, en el año actual de 1891, hay que agregar para el

servicio de ferro-carriles, correspondientes á las secciones de Deán Funes á Catamarca y de Chumbicha al Recreo, que serán entregados á la nación; un servicio sobre 22 millanes de pesos: total 4.688,510 pesos oro, que, al agio medio, son 13.945,530 pesos. Adicionados á los 32 millones tenemos 45 millones 945.530 pesos papel, que es el servicio que anualmente debe hacer la nación por sus deudas en el exterior.

»No tomo en cuenta en este cómputo el servicio de garantía á ferro-carriles que, probablemente, habrá que hacer en virtud de que están en construcción ya algunas de las líneas votadas por el congreso en los años anteriores.

»No tomo en cuenta tampoco algo que es esencial en los presupuestos, y que debería computar lógicamente, porque es una ley de buenas finanzas: es una partida que existe en todos los presupuestos. Es la que se refiere á lo imprevisto, es decir, á las leyes especiales, que, por muchas economías que nosotros hiciéramos, si hemos de tomar por vía de relación lo que se ha gastado en años anteriores, subirá á varios millones.»

Desearía que el señor miembro informante me corrigiese, pues no sé si está equivocada esta publicación.

Sr. Beracocha—Absolutamente.

Sr. Magnasco—«Pero, sí, debo computar otra deuda que tiene la nación fuera de su presupuesto de gastos, y es aquella que se paga en papel, por garantía de ferro-carriles, y que sube á 381,993 pesos, lo que hace, con las cifras anteriores, la suma de 46.327,523 pesos.

»Estas son las obligaciones anuales de la nación.»

El señor diputado dijo que debía ser circunspecto y que hacía á un lado sumas de que no podía hablar en público.

Sr. Beracocha—Eso fué en otra parte, en la cuestión de rebajas, no en la cuestión de deudas.

Sr. Magnasco—Tenemos, entonces, que, según el señor diputado Beracocha, las obligaciones de la nación importan 62 millones 186,323, con servicio de deudas provinciales; más 49.000,000 del presupuesto, son 111.186,323 pesos. Esto representa, pues, el pasivo.

No hay más diferencia entre lo que calculamos los dos, que yo agrego las deudas provinciales y el señor miembro informante hace caso omiso de ellas.

Ahora bien, he aquí nuestra renta:

«Rentas generales: 55.636.162 pesos con 19 centavos; á oro, 491.000.»

La renta de diciembre la calcula el señor diputado en 8.000,000, tomando como base

de comparación el mes de mayo que fué el que más renta produjo.

Es un poco exagerado, diré de paso, pero queda aceptado, lo que da, según el señor diputado por la capital, en cifras redondas 65 millones.

Déficit, entonces, sin contar las deudas provinciales, con arreglo á los cálculos del señor miembro informante: 30.500,000 pesos; déficit, según mis cálculos incluyendo la deuda provincial: 66.186,323 pesos.

Agrego ahora al activo la partida de 14 millones del producido de los nuevos impuestos, que, aun cuando fuesen á oro, importan 39.200,000 pesos; *y resulta todavía un déficit de 26.986,323 pesos.*

No hay vuelta que darle: 26 millones y pico, cerca de 27.000,000 en contra.

Continúo haciendo abstracción de la reducción de los derechos de importación y de todo lo demás que señalé anteriormente.

En el año 91, según los propios cálculos del señor diputado, vamos á aceptar la pre-sunción basada en las mismas cifras que el señor diputado exhibía, el déficit se aumentará por lo menos en 10.000,000; y tendremos 36.000,000 de déficit.

Concedo ahora que se sustraiga la deuda provincial, 15.858,800 pesos. En definitiva, todavía nos queda un déficit de 20.141,200 pesos.

Bien, ¿serán eficaces los proyectos presentados por el poder ejecutivo á la cámara?

Aquí están las cifras; cualquiera puede examinarlas. El cálculo es exacto, y el tiempo dirá si tengo razón al sostener que los nuevos impuestos son incuestionablemente insuficientes.

Repito entonces: si es menester entrar en el camino de los sacrificios, hagámoslos de veras, resueltamente, aumentando en tanto sea posible la tasa de los impuestos que la comisión ha establecido, y lograremos así el objetivo que todo el país persigue hace tiempo.

Será doloroso, pero es necesario.

En cuanto á mi situación particular—y debo ahora fundar mi voto, después de los cálculos hechos ante la honorable cámara—es la siguiente: me encuentro en la misma situación que un hombre que, sin tener armas para su defensa personal, se viese asaltado de repente por un grupo de individuos que le exigiesen la bolsa ó la vida.

La bolsa: mermar la fortuna pública. La vida: porque se compromete la vida moral de la nación. Su crédito en el exterior, su nombre en todas partes.

Es claro, entregaría la bolsa sin resistencia alguna.

Por eso voy á votar por el pensamiento general, aunque repito, mucho me temo que así sancionado no responda á su objeto capital. Hemos de verlo.

Antes de concluir voy á hacer una advertencia que conceptúo necesaria.

He dicho, señor presidente, que este plan no es completo.

Además de los defectos que he señalado y que voy á señalar en la discusión en particular, le falta algo, algo que, lo comprendo, no puede ser exhibido en la forma expresiva de los documentos oficiales. El complemento de este plan—y no por ser esto sabido he de silenciarlo—es de orden exclusivamente moral.

La sana intención de poner en práctica medidas administrativas de una honradez hoy más que nunca insospechable, el decidido propósito de reparar todos los errores del pasado, aunando todos los esfuerzos, los de arriba y los de abajo, para levantar á la nación del grado de postración en que hoy se encuentra.

No hace muchos meses que, fundando mi voto en una cuestión análoga á ésta, traída también por el poder ejecutivo al seno de la honorable cámara, yo decía, porque lo veía: en este camino, dentro de poco vamos á tener que ahorrar, por segunda vez en nuestra vida de argentinos, sobre el hambre y sobre la sed de nuestro pueblo.

Esa fácil, esa desgraciada profecía empieza á tener hoy un principio de cumplimiento. Y yo digo y repito que el pueblo de la República, que la nación entera ha de continuar revolviéndose en las penurias de una situación tan afligente como esta, si no hacemos, cueste lo que cueste, por más que suene la palabra lírico, que el patriotismo deje de ser una avidez bursátil, ambición desenfrenada, y vuelva á sus buenos tiempos de sencillo sentimiento, de cariño, de verdadero amor del propio país!

Menos he de pedir á esos agitadores que aprovechan los días finales de nuestras presidencias: que tengan siquiera *por dos años* patriotismo; por dos años solamente! El pedido podrá ser vergonzante, pero es desgraciadamente necesario.

Si esto es charla, señor presidente, si pudiera ser considerado como utopía juvenil, como las ilusiones de una organización bisona en los embates de la vida pública, está bien, muy bien; pero consideremos, señores diputados, que después de esta nueva prueba á que sometemos al pueblo de la República no ha de volver el ejecutivo á golpear las puertas del congreso para pedir que ahorremos por tercera vez sobre el hambre y sobre la sed del pueblo argenti-

no! ¡Ya no podremos más!... ¿Por qué? ¡Porque la nación estará moralmente muerta! He dicho. — (*Aplausos en la barra.*)

Sr. Beracochea—Pido la palabra.

Señor presidente, la comisión debe felicitarse de contar con el voto que ha ofrecido el señor diputado para los proyectos. Ese voto, fundado de la manera que lo ha hecho, puede decirse que es el más grande prestigio que pueden tener estos proyectos, y que esa es la prueba más palmaria de su bondad.

El señor diputado difiere en un sólo punto con la comisión. El cree que debemos imponer más.

Puede ser que tenga razón. La comisión ha actuado sobre los hechos que tenía ante su vista, que caían bajo el dominio de sus sentidos y de su inteligencia, en cuanto es posible apreciar las necesidades inmediatas; no ha avanzado tanto en el porvenir como el señor diputado, así es que no puede decir que no tenga razón.

Es posible que circunstancias imprevistas hagan que los recursos que ahora vamos á pedir al contribuyente no basten á llenar las necesidades que no podemos apreciar; pero ha sido acto de cordura detenernos en el límite en que nos hemos detenido: hemos creído que cuando no era necesario pedir más que veinte, no debíamos pedir treinta, por la misma razón que ha dado el señor diputado: porque es quizá el último esfuerzo que podamos tentar en este camino de solicitar sacrificios al pueblo.

Pero si la comisión se felicita de tener de su parte el concurso del señor diputado, mi amigo, á quien estimo, no he de dejar pasar en silencio las rectificaciones que ha hecho á los datos que he tenido el honor de presentar á la cámara, á nombre de ella.

El señor diputado, parte en mi opinión, de base profundamente equivocada, para hacer sus cálculos. Pero como la defensa tiene que cubrir las posiciones comprometidas por el ataque, expondré mis ideas en el orden en que han sido expuestas las del señor diputado.

Empezó por decir que la comisión no ha tenido en cuenta que, con el cobro de los derechos de aduana á oro, la importación ha de reducirse, porque estas reducciones son hechos fatales y necesarios en la vida de las naciones, cuando tocan este recurso de poner el cobro de los derechos á oro. Creo que ha ido hasta asignar la cuota....

Sr. Magnasco—Le advierto que no he dicho eso.

Sr. Beracochea—Pero el señor diputado ha olvidado una cosa: que si es cierto que la comisión no puede dejar de recono-

cer que han de disminuir en algo las importaciones, porque esto es lo que enseña la experiencia, también es cierto que, aumentados los derechos para ciertas materias que van á ser importadas, éstos vendrán á cubrir la diferencia, y entonces se habrá restablecido el equilibrio.

De suerte que la importación será igual, poco más ó menos, á la del año anterior. Por eso es que el poder ejecutivo, como la comisión, en sus cálculos, han computado como producido del derecho de importación una suma igual á la del año anterior, es decir, 22 millones.

Pero el señor diputado dice: ¿Y el contrabando? Esta es una llaga social que cada vez va dilatándose más, que no puede extirparse completamente; y la comisión no ha tenido en cuenta las reducciones que ocasiona el contrabando.

Esta aserción favorece mi tesis, y voy á demostrarlo.

Efectivamente, el contrabando no puede evitarse absolutamente. Más: casi todos los escritores que se ocupan de esta materia, dicen que, á medida que se elevan los impuestos y los derechos, el espíritu del contrabandista se azuza más, y los contrabandos proporcionalmente aumentan.

Pero es preciso tener en cuenta que esto no es aplicable á nuestra nación, por razones que voy á dar y que recuerdo ha emitido el señor diputado.

Hablando, días pasados, con el administrador de rentas de la nación, coronel Baibiene, me decía:

—Es sorprendente lo que ha pasado en este país: la regla ha sido el contrabando, la excepción el pago del impuesto! Puede asegurarse *á priori* que las dos terceras partes de la importación han pasado de contrabando, y una tercera parte pagando los impuestos. Pero ahora, aleccionados por la experiencia, alarmados por este fenómeno que iba tomando un incremento aterrador, se ha organizado de tal manera el servicio y se ha tomado tales medidas de vigilancia, que es posible que las rentas de aduana, si no se duplican, aumenten en una cantidad muy sensible; y muy pronto se han de conocer los efectos de estas medidas.

Yo lo he creído; y lo he creído no por esta simple afirmación, que sería bastante por otra parte, dada la honorabilidad y los antecedentes de la persona que la hacía, lo he creído porque hace largos años que al comercio importador honrado no se le oye sino los lamentos por el gran descuido en dejar pasar los contrabandos, que viene á hacerle una competencia desleal.

Entonces, lo que ha debido probar el

Enero 3 de 1891.

CÁMARA DE DIPUTADOS.

5ª Sesión extraordinaria.

señor diputado, en su tesis, es que los contrabandistas aumentarán después de conocidos hasta los medios más comunes que ponen en práctica los contrabandistas. Mientras no demuestre esto el señor diputado, que ha querido colocarse en el terreno práctico, no podrá destruir los datos de la comisión.

Y si algo pudiera decirse en contra de los datos de la comisión, es que si ellos no son exactos, es porque producirán más los derechos de aduana, pero no porque producirán menos, como decía el señor diputado.

Sr. Magnasco—¿Me permite una interrupción?

Sr. Beracochea—Con mucho gusto.

Sr. Magnasco—No me he referido á la totalidad de la importación sino que he tratado exclusivamente de hacer que el miembro informante redujera *el monto total de los nuevos impuestos*, por razón de la disminución de la importación y de la exportación, y por razón también del contrabando y de la falsificación, aparte de otras causas que concurren al mismo resultado.

No me he referido á las rentas en general, sino pura y exclusivamente á los *18.000.000 en que se calcula el producido de los nuevos impuestos*.

Es probable, según la opinión del señor administrador de rentas y de otros, que con la persecución que se haga á los delincuentes, el contrabando en general se reduzca: pero yo estoy seguro de que no se va á percibir los 18.000.000 en que se calcula el producido de las nuevas contribuciones proyectadas, porque en una buena parte han de mermar, como lo he probado.

En ningún país del mundo se percibe los impuestos en la íntegra totalidad en que han sido establecidos por las leyes.

Repito, en conclusión, que me refiero nada más que á los 18.000.000 de las nuevas contribuciones, cuya no percepción íntegra creo haber demostrado evidentemente.

Sr. Beracochea—Bien. El señor diputado dice que en ningún país del mundo se percibe los impuestos en la totalidad presupuesta.

Quiere decir entonces que, si en vez de presupuestarse 22.000.000, como ha hecho la comisión, se presupuestara solamente 14.000.000, como dice el señor diputado, resultaría que no se habría de percibir los 14.000.000.

Por esa regla, no habría cómo fijar cifras; y si la comisión no tuviera base para su cálculo, tampoco podría tener base al ataque que se le hace, exactamente por la misma

imposibilidad: porque en uno y en otro caso no se podría fijar cifras.

Pero voy á continuar, señor presidente.

El señor diputado, en el calor de la improvisación, me parece, no ha reparado en que debía llegar á esta tesis: que es menester aumentar los impuestos que proyecta la comisión, por la sencilla razón de que no son bastante. Y entonces no ha podido clasificar, como lo ha hecho, de exacción, de expoliación, el plan del señor ministro de hacienda.

Sr. Magnasco—En épocas ordinarias y normales, he dicho.

Es claro! Pero cuando uno se ve con la soga al cuello.... tiene que votar en favor. Recursos son indispensables, por desgracia, indispensables.

Sr. Beracochea—Como la comisión aconseja estos proyectos en una época excepcional, notoriamente anormal, y en fuerza de la necesidad, como creo haberlo demostrado ampliamente en la sesión anterior, nada tengo entonces que replicar al señor diputado.

Solo tengo que felicitar á los que están por estos proyectos, por el valioso concurso que ha traído el señor diputado.

He dicho.

Sr. Molina—Pido la palabra.

Señor presidente: habiéndome manifestado el señor miembro informante de la minoría de la comisión que solo haría uso de la palabra en la discusión en particular, y deseando yo hacer uso de ella en general, para así poder abarcar el proyecto en todos sus contornos, sin perjuicio de hacer las observaciones que en particular creyera convenientes, entro al debate, sin desconocer la desventajosa posición en que me encuentro, por la falta de muchos datos que no he podido recojer á causa de la premura del tiempo.

No se me oculta, señor, mi desventajosa posición, digo, si se tiene en cuenta que tanto el señor miembro informante de la comisión como el señor diputado que deja la palabra han apelado al patriotismo de todos los señores diputados, para pedir la sanción de estos proyectos.

Y fuera hasta cierto punto desdorado para los que pensamos que es más patriótico proponer ciertas modificaciones en este plan, y atacarlo en muchos de sus detalles, si en un concepto general yo no expresara, siquiera sea someramente, los fundamentos de mi voto.

El señor diputado miembro informante de la mayoría de la comisión decía en su informe: «Es sin duda doloroso imponer estos sacrificios al contribuyente, en una situa-

ción como la actual; pero debe persuadirse el país de que no es sino después de un íntimo convencimiento de la no existencia de otro medio, que nos vemos obligados á adoptar éste.»

En presencia de esta afirmación, la primera cuestión que surge al debate es la de saber si, una vez realizado el empréstito, es realmente indispensable la sanción de los impuestos con la abrumadora extensión que les ha dado el poder ejecutivo, ó si bastaría formar un fondo razonable de previsión, sin agotar de un golpe, quizá, todas las fuerzas vivas de la producción y de la industria.

Paréceme que no necesito esforzarme mucho para demostrar, con los mismos datos del señor miembro informante, que la negativa se impone.

Analizando el presupuesto correspondiente al último ejercicio económico, el señor miembro informante nos decía que se había elevado á 95.000.000 de pesos nacionales, incluido el servicio de la deuda pública, que asciende á 49.000.000, más ó menos, de curso legal.

Nos decía también que los impuestos, haciendo un cálculo prudente sobre lo que se podría haber recaudado en el último mes, es decir, en diciembre, podrían avaluarse en 66.000.000 de pesos; y encontraba, con mucha razón, un déficit de 30.000.000.

Pero si de estos 95.000.000 de pesos que importa el presupuesto total de la nación, descontamos los 49.000.000 de pesos en que la comisión avalúa el servicio de nuestra deuda á oro, resultará que el impuesto total de la nación, para el ejercicio de 1891, podemos calcularlo en 45 ó 46.000.000 de pesos nacionales.

Y si, todavía, de esta suma descontamos los 12.000.000 que, á nombre de la tendencia dominante en el gobierno, nos anunciaba el mismo miembro informante, resultará que el presupuesto total del país, para 1891, puede calcularse entre 36 y 37.000.000 de pesos nacionales.

Hace muchos años que el país viene produciendo estas cifras, aun en medio de crisis como las que nos han afligido en 1877 y en 1878.

De manera que no es aventurado decir que no sólo las rentas ordinarias de 1891 alcanzarán para cubrir perfectamente todos los servicios, sino que dejarán un saldo suficiente para formar el fondo de previsión, á cuyo título se nos ha pedido la sanción de estos impuestos, lo que me será muy fácil demostrar valiéndome de las mismas cifras del miembro informante.

Yo creo que, por mal que vayamos, puede calcularse que en 1891 las rentas no han

de bajar de 60.000.000, poniendo 5.000.000 menos que en 1890; y entonces resultaría un exceso, entre lo cobrado y lo pagado por la nación, de 23.000.000 anuales que, en los tres años que vamos á quedar libres del pago de la deuda, darían una acumulación de capital igual á 67 ó 68.000.000 de pesos, suma que sería retirada de la circulación esperando los sucesos del futuro.

Véase como no es tan sencilla la afirmación de que estos impuestos deba sancionarlos la cámara á título de urgencia imprescindible, á título de salvar el honor y el decoro de la nación.

Tengo en mi mano la planilla del cálculo de recursos verificado por la comisión, y que, según ha declarado hace un momento el señor miembro informante, ha de ser ratificada por el señor ministro, y de ella resulta que las rentas generales de la nación, lo que se llama presupuesto ordinario, producirán en el año en que estamos, veintidos millones ciento veinte mil pesos oro y 9.942.000 pesos papel; que el presupuesto extraordinario, entre contribución directa, patentes, intereses sobre depósito de dinero en el tesoro, etc., producirá, según la misma comisión siempre, 600.000 pesos oro, más 8.107.500 pesos papel. Y resulta también de los mismos datos, que los derechos á la exportación y á las sociedades anónimas, ó sea parte de los nuevos impuestos, producirán 3.000.000 de pesos oro, más 9.700.000 pesos papel.

Sumando estas cifras se tiene el siguiente resultado: el cálculo de recursos, que debo suponer atinado, puesto que ha sido hecho por la comisión con todos los datos necesarios y previa consulta y asentimiento del señor ministro de hacienda, da las cifras siguientes: cobrará la nación 27.950.000 pesos de curso legal y 25.720.000 pesos oro.

Lo que da el siguiente resultado: se aplicarán para servir el presupuesto ordinario, que yo supongo en 37.000.000, también de acuerdo con la comisión, los 27.950.000 pesos; mas, supongamos, 10.000.000 de pesos papel que se tomarían de los 25.720.000 pesos que se recaudará en oro, y entonces resultará que tendremos un exceso de veinte millones de pesos oro, en el año 1891.

Y yo digo, señor: si este exceso se aplica al servicio de la deuda externa, de aquí á los tres años resultará que tendremos sesenta millones de pesos, y como la deuda que debemos servir dentro de tres años es de un solo año económico, resultará que habremos tenido asegurado para cinco años el servicio de la deuda con el sacrificio que se le vá á pedir á la industria y al país en el solo término de un año.

¿Con qué derecho se sacrifica á las generaciones del presente y á la producción de la República en un solo año, para venir á servir necesidades que se sentirán de aquí á siete, ocho ó nueve años? ¿Es esto prudente?

Si las cargas han de ser proporcionales en el espacio, lo han de ser también en el tiempo; y un sistema económico, un sistema de impuestos que no reposa en esa base indiscutible y aceptada universalmente, es un sistema malo, es un sistema que agota las fuerzas vivas del país.

El punto principal, señor presidente, de mi tesis, lo confieso, es este; no creo que sean indispensables los impuestos en toda la enorme extensión que tienen. Yo creo que algo podría concedérsele al poder ejecutivo, pero no todo lo que pide.

Sobre los impuestos directos, señor, está establecido en la constitución nacional cuál es su objeto y cuáles son los casos en que el congreso puede fijarlos.

Solo ante necesidades imperiosas que no admitan dilación, solo ante un beneficio general, inmediato, tangible, indispensable, puede el congreso, por un tiempo determinado, pedir contribuciones directas.

El sistema rentístico ordinario de la constitución es otro; está establecido con toda claridad en el artículo 4º de la constitución, que dice que el impuesto de aduanas, el de correos y telégrafos y las demás contribuciones que equitativa y proporcionalmente á la población establezca el congreso, forman el tesoro público. Los demás impuestos y las contribuciones directas no son recursos ordinarios de la nación; son recursos extraordinarios, para circunstancias extraordinarias también.

¿Quién podría sostener que desde ya debemos gravar de una manera que ha sido calificada por el señor diputado por Entre-Ríos como una especie de extrangulación, nuestras industrias, las pocas industrias que tenemos, para irnos preparando un servicio cómodo por siete ú ocho años, con sacrificio de la producción del presente, y sin contar que el país ha de seguir produciendo y desarrollándose durante estos siete ú ocho años?

Decía el señor miembro informante, apoyando sus ideas, que en ningún país del mundo, creo que esta era su frase, en ningún país del mundo el habitante pagaba menos impuesto que en la República Argentina, ó por lo menos, menos impuestos de carácter general.

Fácil me sería demostrar que los datos del señor diputado adolecen de alguna deficiencia á este respecto.

El nos decía que cada habitante del país

pagaba 15.75, y sacaba su cálculo de que el impuesto general había producido 65 millones. Luego, decía: 65.000.000 de pesos divididos entre 4.000.000 de habitantes, da 15 pesos y una fracción á cada uno.

Pero, señor presidente, el cálculo no debe establecerse así.

Lo que el país paga por impuestos nacionales son 95.000.000, que es á lo que se eleva el total del presupuesto, porque páguese ó no con el impuesto en este año, es indudable que, más hoy, más mañana, el país va á tener que pagar, y entonces la cuota que corresponde sobre todos los habitantes de la República tiene necesariamente que tomarse en cuenta. Luego, 25 millones divididos por 4 dan 24, que es lo que corresponde á cada habitante, y no 15 como decía el señor miembro informante.

Sr. Beracochea — Es como yo he hecho el cálculo; es decir, por el costo del gobierno, que es como se hace.

Sr. Molina — Es como se hace cuando se quiere saber el costo del gobierno; pero cuando se quiere saber el costo de las cargas se hace sobre todas las cargas.

Sr. Beracochea — ¿Lo que se pide á la tierra pública es impuesto?

Sr. Molina — Entre nosotros, sí....

Sr. Beracochea — No, señor! La venta de la tierra pública ¿es impuesto?

Sr. Molina — No, señor.

Sr. Beracochea — Lo que producen los bancos ¿es impuesto?

Sr. Molina — No, señor. Pero ¿cuánto produce la tierra pública? ¿puede decirlo?

Sr. Beracochea — He tomado los datos....

Sr. Molina — Puedo decirle al señor diputado que en el año 90 no alcanza á unos centenares de miles de pesos.

Pero tenemos todavía otros impuestos de carácter meramente local, que el señor diputado no los tomaba, me parece, en consideración.

Al analizar los presupuestos de las provincias, nos presentaba cifras verdaderamente reducidas, sin contar que lo que pedimos á esos impuestos es una cantidad de carácter local, como la contribución directa que él no mencionaba. El solo habitante de Buenos Aires ¿cuánto paga—además del impuesto nacional—por impuesto municipal? No habría más que abrir el presupuesto municipal y agregarle el 60 por ciento de contribución directa que corresponde á la nación y que paga el habitante de la capital á la nación, por excepción, y á las provincias, en las provincias, para convencerse que la cuota pasa de 35 ó 36 pesos.

Entonces, pues, cuando el señor diputado

tomaba el dato de los Estados Unidos, en 1866, y nos decía que allí cada habitante pagaba 17 dollars, nos demostraba palmarmente que los impuestos aquí son más elevados.

Sr. Beracochea—Habla del gobierno general.

Sr. Molina—El gobierno general entre nosotros cuesta 24 pesos.

Sr. Beracochea—Calculando la tierra pública y los bancos.

Sr. Molina—No me demostrará que haya alcanzado á 200,000 pesos la venta de la tierra pública.

Sr. Beracochea—¿Cuál tierra pública?

Sr. Molina—La tierra pública enajenada por la nación.

Sr. Beracochea—¿Y el producido de los bancos? ¿Y el de los ferro carriles?

Yo no he computado el producido de la tierra pública de la nación; de las provincias, sí; pero de la nación he computado el producido de los bancos por derecho de emisión, el producido de las acciones, el producido de los ferro-carriles.

Sr. Molina—Yo creo que los bancos han producido dolores de cabeza al gobierno.

Sr. Beracochea—Los bancos han pagado su emisión; porque el gobierno les debe el servicio, y de ahí lo deduce. Entonces, han pagado.

Sr. Molina—Dejemos de lado eso.

¿En cuanto calcula el producido de los bancos?

Sr. Beracochea—Ahí está en el informe: tome las cifras.

Sr. Molina—Voy á tomar las cifras para demostrar que no pueden tomarse en consideración, por su pequeñez.

Sr. Beracochea—No puede decir que eso sea un impuesto.

Sr. Molina—Impuesto de uno por ciento, 2,200,000.

Sr. Beracochea—Que no es impuesto.

Sr. Molina—Que sobre cuatro millones de habitantes hace la cifra de cincuenta centavos por cada uno, y que, deducidos de los veinticuatro pesos, siempre dan una cuota mayor que la de los norte-americanos.

Viniendo ahora, señor, á los derechos sobre la importación y la exportación, me parece que no cabe duda de que el momento actual, para cobrar todos los derechos á oro, no es por cierto el más propicio.

Las dificultades en que se encuentran las clases menesterosas en la República, son notorias; el encarecimiento de los artículos de consumo llega ya al límite que puede soportar el trabajo; no es extraño que la emigra-

ción se haya empezado á producir, que la dispersión de obreros sea un hecho, y que las industrias nacionales sientan cada día sus consecuencias.

En estos momentos establecer el impuesto á oro, que importa el aumento de todos los consumos, me parece que no es previsor.

Por lo menos, si ese impuesto se establece, debería fijarse un máximum dentro del cual el poder ejecutivo cobraría los derechos, para librar al importador y al consumidor de todas las oscilaciones á que da lugar ese impuesto, oscilaciones que impiden tener una base para realizar cualquiera operación seria, y que traen, como consecuencia inmediata, la fluctuación de los precios y el cobro anticipado á título de medida de previsión.

Si á esto se agregan, señor, los derechos á la exportación, se verá en qué condiciones queda nuestra primera industria.

El señor diputado nos hacía cálculos sobre lo que importa la industria ganadera para los que la ejercen; distribuía todos los consumos entre los habitantes de las ciudades y los habitantes de las campañas, y nos decía: Ni siquiera pagan en la proporción que se cree los productores de la campaña, los impuestos de consumo ó de importación; son los habitantes de las poblaciones urbanas los que más consumen.

Pero llegamos aquí á otro término de la cuestión: Y ¿con qué costean el consumo los centros poblados? ¿De qué viven? ¿De su propia producción?

Me parece que si buscamos producción fuera de la ciudad de Buenos Aires, que tiene alguna, aunque muy poca, no la encontraremos sino limitadísima en los demás centros de población de la República.

De manera que son los productos de la gran industria del país, de la ganadería, los que soportan en realidad todas las cargas, los que alimentan la riqueza pública y privada de este país.

Se cree que esta industria está muy favorecida, señor presidente, y que el estanciero es un hombre que vive enriqueciéndose constantemente.

Con un análisis detenido, y aún superficial, de las cosas, bastaría para dejar demostrado que la ganadería no está exenta de riesgos, que no está exenta de grandes gastos de producción.

¿Cómo se pasan las cosas?

El hacendado comparte, desde luego, su hacienda con el medianero, con el tercienero; y tenemos ya que, como gasto de producción, tiene por lo menos un 33 y á veces un 50 por ciento del total del producido bruto.

Si á esto se agregan los fletes, la carestía del consumo, el encarecimiento de la obra de mano, se verá que este impuesto de 4 por ciento, cuando no es indispensable en tal situación, viene á sacar de las utilidades de los estancieros, los verdaderos productores del país, tres millones de pesos oro al año.

Después, señor presidente, yo bien sé que esto no es un plan económico, que no es siquiera un plan financiero.

Yo sé que esto es, cuando más, un plan fiscal: la necesidad de hacer dinero.

Pero, señor presidente, ¿está seguro el poder ejecutivo y está segura la comisión de que, bajo el punto de vista fiscal, este impuesto á la importación va á dar resultado?

Dígalo el pago de la mitad de los derechos de aduana á oro.

Se me objetará que hay un límite para el consumo y que de ese límite no hemos de pasar.

Pero hay también un límite para el impuesto, y cuando ese límite es excedido, se ofrece una prima al contrabando. Cuando los impuestos son mayores que los riesgos que corre el importador haciendo el contrabando, el contrabando se produce, y mucho más en un país como el nuestro, que tiene largas y desiertas costas, mal vigiladas, en general, por las autoridades aduaneras.

De manera, señor presidente, que no es difícil que, lejos de producirse un aumento en las rentas por causa de los derechos á oro, se produzca una disminución, como se ha producido ya con motivo del pago de la mitad de los derechos á oro.

Sobre los alcoholes, señor presidente, el poder ejecutivo proponía el impuesto de 15 centavos por litro; pero parece que le es indiferente que paguen 8, es decir, para él es lo mismo cobrar la mitad que el doble de un impuesto!

¡Tan elástica es esta materia, y tanto se puede decir para sostener los 8 centavos como los 15!

Entre tanto, señor, este impuesto afecta á algunas provincias del interior y á una gran zona de la provincia de Buenos Aires, productora de maíz.

Los cálculos que el señor miembro informante nos trae sobre la cantidad total de la cosecha próxima y sobre lo que de ella invertirán las fábricas de alcohol, así como los cálculos que sobre el número de fábricas de alcohol nos mencionaba, se prestan á más de una observación y contienen más de una deficiencia.

Desde luego, las 950,000 toneladas de maíz, dadas las condiciones climáticas del país en el momento actual, me parece que son más que problemáticas.

Por ejemplo, las dieciocho fábricas de alcohol pueden convertirse en cincuenta y tantas. Entiendo que la sola provincia de Tucumán tiene....

Sr. Beracoechea—He dicho dieciocho ó veinte de primera importancia.

Sr. Molina—Pero como sucede que las de segunda importancia pueden, por su número, ser más importantes que las primeras, sería necesario tener el total....

Sr. Beracoechea—Me he valido de los datos estadísticos existentes.

Sr. Molina—Sobre las estadísticas incompletas es sobre las que se basan los datos erróneos.

Sr. Beracoechea—Mis datos se basan sobre dieciocho ó veinte fábricas importantes.

Sr. Molina—¿Y las secundarias? ¡Pero qué extraño que el señor diputado no lo conozca, cuando ni el gobierno mismo tiene cómo controlar estas industrias!

Sr. Beracoechea—Hay personas que se preocupan de la materia.

Sr. Molina—Es que hay también individuos que se ocupan de venir á afirmar á las comisiones, con toda seguridad: Yo sé que tenemos producido tanto y cuanto. Y en estos datos están basadas á veces las estadísticas.

Lo que yo sé, es que el precio del maíz ha duplicado desde el momento que se han establecido las fábricas de alcohol.

Sr. Beracoechea—Porque ha sufrido la cosecha.

Sr. Molina—Perfectamente; puede sufrir en algo, pero en mayo próximo me dirá el señor diputado cuál es el precio de este artículo.

Sr. Beracoechea—Lea la estadística de Latzina.

Sr. Molina—La leo, y me encuentro con que repite los precios de tres y cuatro años atrás, cuando el oro estaba á 145: el precio de ese tiempo lo da como precio corriente en 1888!

Y así se forman estadísticas, y así se demuestran maravillas!

Sr. Mansilla—¿Me permitiría el señor diputado una observación?

Sr. Molina—Sí, señor.

Sr. Mansilla—La hago en el deseo que tengo de que el señor diputado se entienda con el señor miembro informante.

Acabo de oírle protestar contra un dato de la estadística de Latzina, y yo, apoyándolo en ese mismo sentido, recuerdo que el mismo autor viene repitiendo que la República Argentina tiene cuatro millones de habitantes. De ahí resulta que comemos como un ogro y producimos como dos hombres.;

La verdad es que no tenemos menos de seis y medio millones de habitantes: cinco millones de argentinos y millón y medio de extranjeros. Y me fundo en esto: en que el enrolamiento de la guardia nacional ha dado quinientos mil enrolados, es decir el 10 por ciento del total de la población nacional, que es la menor proporción que se observa en cualquier nación, y mucho más en la República Argentina, donde hay más mujeres que hombres,—lo que no sé si es un bien ó un mal. En Europa, en los países de reclutamiento obligatorio, no se obtiene más que un 10 por ciento.

Por consiguiente, quinientos mil guardias nacionales enrolados dan cinco millones de habitantes. Y el millón y medio de extranjeros que están enrolados en los consulados ¿qué se hace?

Son seis millones y medio.

Pero supongamos que, en vez de cinco millones de argentinos, no haya más que cuatro millones, y que en vez de un millón y medio de extranjeros, no haya más que un millón. Siempre quedan cinco millones. Y tanto los cálculos que ha hecho el señor miembro informante como los que está haciendo el señor diputado, son inexactos. Y resulta que en nuestro país los hombres producen como en otras partes y consumen como en otras partes, y que, por consiguiente, no está tan gravado por cabeza el habitante nacional, cuando paga los impuestos á que se refiere el señor diputado.

Sr. Beracochea—Lo que quiere decir que el error es favorable á mi tesis.

Sr. Mansilla—El año pasado, rogué encarecidamente á mi distinguido colega, el señor diputado Olmedo, que, al hacer un discurso muy notable que pronunció, tuviera la bondad de no repetir este error que se repite á menudo y que es causa de confusión: que no tenemos más que cuatro millones de habitantes.

Cuando se hizo el censo nacional, en tiempo del señor Sarmiento, se aumentó la representación nacional.—¿Cuántos millones de habitantes tenía el país?—No hay más que leer la constitución. Ahí está la cifra segun la representación.

Entonces, se habría producido este fenómeno extraordinario en la República Argentina: que sería el único país en donde la población nativa no se reprodujera, el único país en donde la población aumentara solo por inmigración!

Tiene, pues, razón el señor diputado cuando protesta contra los datos de la estadística de Latzina, por otra parte muy recomendable, en cuanto, mezcladas con una porción de inexactitudes, hay muchas verdades.

Siento mucho haber interrumpido, pero á mí me parece que así se pueden conciliar, hasta cierto punto, las opiniones.

Sr. Molina—Me es muy agradable escuchar al señor diputado, pero puedo manifestarle que no es un error mío la asignación de cuatro millones de habitantes, puesto que si el señor diputado me hubiera escuchado cuando empecé á hablar, sabría que dije que me iba á valer de los datos que me suministraba el señor miembro informante. El ha dado cuatro millones.

Y, sea esta la cifra de Latzina ó no, lo cierto es que tan poca fé tengo en el señor Latzina respecto de la población total de la República Argentina, como la tengo en el señor diputado,—digo esto en materia de estadística.

Sr. Mansilla—No hay más que esto: sacar en limpio que tenemos quinientos mil guardias nacionales enrolados, en un país en donde hay repugnancia, no solo á inscribirse para votar, sino á enrolarse, lo que importa prepararse á pagar el contingente de sangre.

Esos son los malos hábitos del estado de anarquía y de guerra civil porque hemos pasado.

Pero, dígame lo que se quiera, proteste quien proteste, diga ó nó el señor Latzina en virtud de qué capricho ha fijado esta cifra, yo, señor presidente, presento cinco millones de argentinos, afortunadamente reforzados por millon y medio de extranjeros, en los que predomina el elemento masculino sobre el femenino; lo que nos dá seis millones y medio de habitantes.

Y así se explica que este país produzca tanto; y, sobre todo, se explica esto: que coma tanto azúcar, que consuma tanto alcohol y tanto tabaco; porque, si no, sería el país más vicioso del mundo!

Sr. Beracochea—Me felicitaría mucho de que la población de la república fuera la que dice el señor diputado; en primer lugar, por la grandeza que manifestaría, y en segundo lugar, porque sería más favorable á mi tesis: el costo de los gobiernos, con mayor población, sería menor por habitante.

Sr. Mansilla—Le he interrumpido para robustecer la tesis del señor diputado, y, por otra parte, porque el señor diputado mismo me ha autorizado para hacer esta rectificación.

Quería conciliar á los señores diputados, y veo ahora que no están tan distantes.

Sr. Beracochea—Yo he tomado la cifra del señor Latzina.

Sr. Molina—Volvamos al impuesto.

El impuesto, pues, no solo hiere una industria que no sabemos hasta qué punto es

Enero 3 de 1891.

CÁMARA DE DIPUTADOS.

5ª Sesión extraordinaria.

tá radicada en este país, industria nueva que ayer no más protegíamos, sino que con este sistema de gravar las industrias nuevas podemos llegar á esterilizar los sacrificios del país, hiriendo de rebote la agricultura de la provincia de Buenos Aires en una zona importante. Me refiero á casi todo el norte ó á una gran parte de él.

Es verdad que el señor diputado miembro informante de la comisión, nos citaba ejemplos de otros países donde los alcoholes pagan impuestos mucho más fuertes aún. Pero nótese que si esos países hubieran de herir una industria propia, indudablemente el impuesto no existiría.

Desde luego, la Francia, que ha citado el señor diputado, grava solo los consumos de alcoholes; pero todo alcohol para la exportación está completamente exento de impuestos, á tal punto, que en el caso de que se haya declarado un alcohol para el consumo y pagado el impuesto, al solo pedido de reembarse se devuelve al contribuyente todo lo pagado por razón de los impuestos de consumo.

De manera que allí pueden gravar perfectamente la producción interna, el consumo interno, sin matar la industria, a la que queda libre las puertas del comercio exterior.

Pero nosotros no estamos en condiciones de exportar aún, porque nuestros productos elaborados no alcanzan todavía á soportar la concurrencia de países extranjeros para la exportación: son alcoholes de maíz, de inferior calidad, y es evidente que no soportarían la exportación. Lo que hacen es defendernos sencillamente de la importación.

Respecto de lo que anunciaba el señor diputado miembro informante de la comisión con motivo de algunos de estos impuestos que, á su juicio, deberían quedar como permanentes, debo manifestarle, á mi turno, que creo que ningún impuesto directo puede, por la constitución nacional, ser permanente, digo más: no puede entrar en un cálculo ordinario de recursos, porque las contribuciones directas deberán ser, según el artículo 67, inciso 2º, por tiempo determinado, siempre que la defensa, la seguridad común ó el bien general del Estado lo exijan.

Son circunstancias anormales y de tiempo determinado, y nunca entran en el cálculo ordinario de los recursos.

Y ¿qué son estos impuestos á las sociedades? ¿Son impuestos indirectos? Son directos, y por su naturaleza solo pueden imponerse por tiempo limitado.

Y si rectifico esto que, á mi juicio, es sencillo, es porque no desearía ver predominante la tesis contraria.

Yo creo más, en conclusión,—y he dicho

lo bastante para fundar mi voto, sin la pretensión de hacer un discurso,—yo creo más: creo que estos impuestos, convenientemente reducidos, solo deben estar en vigencia hasta el mes de mayo, por el mismo carácter que tienen: pero creo que lo primordial es reducirlos, es hacer uso moderado de ellos, para no gravar las fuerzas productoras del país, para no matar su industria aún en embrión.

Yo creo que esto es lo que se podría justificar en este momento. Pero cumpliendo mi deber como diputado, como miembro de una cámara á la que la constitución acuerda la iniciativa en todo impuesto, lo que quiere decir que le impone, al mismo tiempo, el deber de ser escrupulosa en la votación de los mismos, yo sostengo esta tesis: primero, que no es indispensable la sanción de estos impuestos en la extensión abrumadora que tienen; segundo, que no deben tener mayor permanencia que hasta el 31 de mayo, para que el congreso pueda revisarlos y reducirlos, si lo cree conveniente.

He dicho.

Sr. Presidente—Invito á la Cámara á pasar á cuarto intermedio.

- Así se hace.

- Vueltos á sus asientos los señores diputados, continúa la sesión.

Sr. Beracochea — Pido la palabra.

Difícil es, señor presidente, la tarea del miembro informante de una comisión que tiene que contestar apreciaciones tan contradictorias como las que se han hecho en esta sesión.

El señor diputado por Entre Ríos no atacaba á la comisión, pero difería de sus opiniones en el sentido de que esta había sido muy parca en los gravámenes que había puesto al pueblo.

El señor diputado por la capital, al revés, difería de la comisión y hasta cierto punto la atacaba, porque había exagerado esos gravámenes.

¿En qué quedamos, señor presidente? ¿La comisión ha sido parca, no ha gravado todo lo que se necesita gravar, ó ha ido más allá de donde debía llegar?

He dicho en la sesión anterior, y lo repito: la comisión se ha detenido prudentemente donde debía detenerse; ha tomado datos respecto de las necesidades del país y de los recursos con que cuenta; ha hecho el balance de las necesidades y de los recursos y ha buscado los elementos estrictamente indispensables para equilibrarlos.

Que los datos de la comisión son susceptibles de rectificaciones; que no pueden ser

aceptados sin beneficio de inventario, porque no hay fuente segura donde tomarlos, —es lo que se contesta.

Señor, las fuentes son escasas, es cierto. Casi no tenemos sino las fuentes oficiales, y es allí donde la comisión ha tomado la mayor parte de los informes que ha presentado á la cámara.

Y es de notar que los que atacan esos datos estadísticos, ya sea los tomados en las oficinas fiscales, ya sea los recogidos entre personas competentes, no traen otros que los contradigan, sino que los ponen en duda sin negarlos, sin afirmar que sean inciertos.

Yo quisiera ver á los diputados que atacan al gobierno y á la comisión diciendo que no han traído planes precisos, completos, salvadores, y que los datos que exhibe son susceptibles de rectificaciones, yo quisiera verlos, decía, trayendo otros en contraposición como la expresión de la verdad, y que los presentaran á la cámara; porque esta es la tarea de los hombres públicos: presentar los planes que salvarán la situación por que atraviesa el país.

Es fácil atacar, es fácil demoler. Se ha dicho con razón que el ataque, que la demolición es fácil.

Lo que es difícil, y por eso son tan raros los estadistas en las naciones, es edificar.

Yo reconozco en el señor diputado por la capital un talento exuberante y patriotismo á la par del más patriota de los que nos sentamos en esta cámara; y me extraña que no haya puesto su inteligencia privilegiada al servicio de un plan que sustituyera al del poder ejecutivo, que él ataca.

Pero nada nos ha dicho de ese plan.

Sr. Molina—No le extraña al señor diputado...

Sr. Beracochea—Yo oigo con mucho gusto las interrupciones del señor diputado. Tengo el deber de cortesía de escucharlas, porque le he interrumpido también; pero le rogaría ahora que no me interrumpiera, porque no estoy habituado á hablar.

Sr. Molina—Le voy á decir simplemente que si cada diputado que pensara de manera distinta que el ministro estuviera obligado á presentar un plan económico, no nos entenderíamos jamás.

Cuando uno cree que hay necesidad de presentar un plan económico y tiene fuerzas para hacerlo, lo hace; cuando cree que no hay plan económico que se oponga al desarrollo de una enfermedad, no hay para qué hacerlo.

Sr. Beracochea—Acepto la observación, señor presidente, porque ella me conforta en mis opiniones.

Si la presentación de una pluralidad de planes produciría la anarquía en el seno de la cámara, yo digo que la pluralidad de ataques es lo que va á producir la verdadera anarquía; porque entonces tendríamos que hacer lo que los secretarios de Mahoma; cruzarnos de brazos y dejar pasar. Y esa no es la tarea del hombre público.

Y bien, he creído descubrir, señor presidente, algunas contradicciones en las opiniones vertidas por mi honorable amigo el señor diputado Molina.

Nos decía: la comisión desearía que estos impuestos con que se va á gravar al pueblo fueran impuestos permanentes, con los cuales se formara el tesoro nacional.

Pero esto es imposible, porque estos son impuestos directos, y el inciso 2º del artículo 67 de la constitución solo autoriza á imponerlos temporalmente, y esto cuando lo reclama la defensa, la seguridad ó el bienestar de la nación.

La base es, pues, equivocada, señor.

La comisión ha dicho que sería de desear que los recursos provenientes de los alcoholes y de los tabacos pudieran convertirse en una fuente permanente de renta.

Pudieran convertirse; no ha dicho que debía atropellarse la constitución, pasar por sobre ella, hacerla pedazos, para convertir estos impuestos en fuente de recursos permanente, para formar el tesoro nacional.

No, señor presidente. La comisión sabe perfectamente que hay prescripciones de la constitución que no permiten á nuestra nación imitar lo que pasa en otros países, en que los impuestos á los alcoholes y á los tabacos constituyen la fuente principal de recursos.

Pero ¿cómo conciliaría el señor diputado los dos extremos de esta proposición que ha presentado á la cámara: impuestos inconstitucionales é impuestos que pueden durar, constitucionalmente, hasta el mes de mayo?

Si los impuestos son inconstitucionales, como él cree, la inconstitucionalidad no estaría en el tiempo de su duración: serían tan inconstitucionales por un año como por un minuto. Y entonces deberíamos borrarlos del plan rentístico, como dice el señor diputado, que nos ha presentado el señor ministro.

Esto, por una parte.

Ahora, decía también el señor diputado: Creo que no debe ponerse estos impuestos en la extensión que recomienda el poder ejecutivo y que aconseja la comisión.

Solución á medias. Si el impuesto es malo, pernicioso, abrumador; si va á arruinar las fuentes de producción; si va á abatir al con-

tribuyente, no se le debe poner absolutamente.

Y, sin embargo, se acepta que se ponga en cierta extensión que no está conforme con la que propone la comisión.

Es que, según el señor diputado, estos impuestos no debían ser establecidos en la extensión que les da la comisión y que pide el poder ejecutivo, porque, según los cálculos que ha hecho, vamos á tener un excedente, en el año próximo, con el cual se podrá cubrir todos los servicios correspondientes á cinco años.

Veamos.

La nación tiene actualmente un servicio de 11 millones de pesos oro en el exterior.

Está en vía de contratarse un empréstito, como se ha anunciado á la cámara y como el señor ministro lo manifestará dentro de pocos momentos, debiendo tomar conocimiento la cámara, probablemente el lunes, del proyecto respectivo.

Este empréstito, según las bases que se han hecho públicas, librará á la nación durante tres años del servicio de sus deudas. Pero, después de tres años, tendrá la nación que hacer el servicio que ahora pesa sobre ella, más el de este empréstito, es decir, 25 millones de pesos oro.

¿Y cuánto sería, aceptando los datos que daba el señor diputado por vía de hipótesis simplemente, porque solo por vía de hipótesis puedo aceptarlos en cuanto rectifican los que he tenido ocasión de presentar á la cámara en la sesión anterior,—cuánto sería el excedente que tendríamos por razón de estos recursos?

Sería de 30 millones, ha dicho el señor diputado, y 20 millones en tres años son 60 millones.

Dejo de lado que esto sería el *palladium* de nuestro crédito.

El día que nuestros presupuestos tuvieran 20 millones de excedente, creo que seríamos la nación más acreditada en los mercados del mundo.

Dejo de lado esto, porque digo que los 60 millones apenas bastarían para hacer los servicios que van á pesar en dos años sobre la República; y que si nosotros no establecemos un nivel en el presupuesto, de tal suerte que acumulemos en los tres años los servicios que podamos hacer de otra manera, resultará que durante tres años habremos vivido cómodamente, tomando el impuesto para cubrir déficits del presupuesto, y tendremos después mayores deudas, con un servicio de 25 millones, y agotadas las fuentes de riqueza de los contribuyentes, que es lo que no quiere el señor diputado.

Estas son las simples observaciones á que,

en mi opinión, se presta la exposición del señor diputado.

Sr. Molina—Pido la palabra para una rectificación.

Creo que el señor miembre informante no se ha penetrado bien de mis argumentos, y por eso los ha presentado de una manera tan distinta.

En primer lugar, dice que no concibe que yo haya atacado de inconstitucionalidad los proyectos, y que en seguida haya propuesto su vigencia hasta mayo próximo.

Yo no he atacado por inconstitucionales estos proyectos. He dicho que, de realizarse lo que el señor diputado enunciaba como una aspiración: que el impuesto directo quedara como fuente permanente de renta, tal decisión sería inconstitucional.

Interpretado así el pensamiento, no incurro en la incongruencia que me atribuía.

No me parece, señor presidente, que tampoco sea exacto el razonamiento por el cual se concluye que de aquí á tres años, cuando el servicio de nuestra deuda sea obligatorio, la nación tendrá que pagar, en vez de 14 ó 15 millones, 27 ó 28 millones; no es exacto.

Suponiendo que el empréstito fuera de 50 millones de pesos oro y el servicio de 5 por ciento, el aumento sería de dos y medio millones, si no estoy equivocado, y no de doce, como decía el señor diputado.

De manera que mi cálculo queda subsistente.

No es necesario imponer contribuciones tan altas, cuando con esas contribuciones podríamos tener un exceso de 60 millones de pesos oro, en los tres años, y sin ellas podríamos siempre tener, según el razonamiento que he hecho, un exceso respetable, de 30 á 40 millones, sin necesidad de recurrir á impuestos excesivos.

De manera que subsiste mi argumento, que es la no indispensabilidad de establecer el impuesto con la amplitud que se proyecta.

Quedan para la discusión en particular ciertos procedimientos que establecen los proyectos y que, á mi juicio, repugnan al espíritu de la constitución, como ser la inspección de libros y papeles privados, que está vedada por la constitución, lo mismo que la confesión jurada del delincuente, porque delincuente es quien transgrede la disposición de la ley. Esto lo condenan la constitución y la ciencia penal moderna.

Por ahora, basta con lo dicho para rectificar las opiniones que el señor diputado me atribuía.

Sr. Ministro de Hacienda—Pido la palabra.

Tendré que pedir á la cámara alguna con-

Enero 3 de 1891.

CÁMARA DE DIPUTADOS.

5ª Sesión extraordinaria.

sideración, porque á causa de un defecto de oído, que es notorio, no me ha sido posible percibir bien el discurso del señor diputado Molina, y quisiera conocerlo para contestarle.

He pedido la versión á los taquígrafos, y me han contestado que necesitan dos horas de trabajo.

Por esto pediría á la cámara que tuviera la bondad de suspender la sesión.

Sr. Molina—Hago moción en ese sentido.

—Apoyado.

Sr. Presidente — Se va á votar si se suspende la sesión hasta el lunes.

Sr. Gilbert — Hago moción para que mañana, á las 3, celebremos sesión.

—Apoyado.

—Se aprueba esta moción.

—Se levanta la sesión á las 6 y 15 p. m